

COLECCIÓN CIENCIA Y TECNOLOGÍA



# La metaética puesta a punto



**Guillermo Lariguet**

director

**Guillermo Lariguet**

**María Sol Yuan · Nicolás Alles**

compiladores

ediciones **UNL**



**UNIVERSIDAD  
NACIONAL DEL LITORAL**

 **ediciones UNL**

Consejo Asesor  
Colección Ciencia y Tecnología  
**Laura Cornaglia**  
**Miguel Irigoyen**  
**Luis Quevedo**  
**Alejandro Reyna**  
**Amorina Sánchez**  
**Ivana Tosti**  
**Alejandro Trombert**

Dirección editorial  
**Ivana Tosti**  
Coordinación editorial  
**María Alejandra Sadrán**  
Coordinación diseño  
**Alina Hill**  
Coordinación comercial  
**José Díaz**

Corrección  
**Félix Chávez**  
Diagramación interior y tapa  
**Laura Canterna**

© Ediciones UNL, 2023.

—  
Sugerencias y comentarios  
**editorial@unl.edu.ar**  
**www.unl.edu.ar/editorial**

La metaética puesta a punto / Nicolás Alles ...  
[et al.] ; compilación de Guillermo  
Lariguét ; María Sol Yuan ; Nicolás Alles ;  
dirigido por Guillermo Lariguét.- 1a ed.-  
Santa Fe : Ediciones UNL, 2023.  
Libro digital, PDF/A - (Ciencia y tecnología)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-749-403-7

1. Filosofía General. 2. Ética. 3. Moral. I. Alles,  
Nicolás, comp. II. Lariguét, Guillermo, comp. III.  
Yuan, María Sol, comp.  
CDD 170.42

---

© Alles, Arena, Beade, Busdygan,  
Canclini, Chiloví, Daguerre, Flores,  
García Valverde, González Lagier,  
Kalpokas, Lariguét, Martínez Zorrilla,  
Mettini, Misseri, Oliveira,  
Paolicchi, Samamé,  
Truccone–Borgogno, Vercellone,  
Vidiella, Wagon, Yuan, 2023.

Revisión de originales: Joaquín Suárez



# La metaética puesta a punto

Guillermo Lariguet  
director

Guillermo Lariguet,  
María Sol Yuan y Nicolás Alles  
compiladores

Alles, Arena,  
Beade, Busdygan,  
Canclini, Chiloví,  
Daguerre, Flores,  
García Valverde,  
González Lagier,  
Kalpokas, Lariguet,  
Martínez Zorrilla,  
Mettini, Misseri, Oliveira,  
Paolicchi, Samamé,  
Truccone-Borgogno,  
Vercellone, Vidiella,  
Wagon, Yuan

**ediciones UNL**

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

## Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias al interés de la decana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, Prof. Laura Tarabella, así como de la secretaria Académica de dicha institución, Mg. Bárbara Mántaras. Agradecemos también el apoyo de Ediciones UNL. Al minucioso empeño de Joaquín Suárez puesto en la revisión de los textos originales. Muchas gracias a los proyectos de investigación CAI+D UNL «Debates contemporáneos en torno a la justificación epistémica» (Dir. Eduardo Nicolás Giovannini) y «Teoría del discurso y Estado democrático de derecho» (Dir. Santiago Prono) por hacer posible la concreción de esta obra. Finalmente, queremos agradecer a cada autor/a quienes con sus contribuciones hicieron surgir este libro del que son parte.

# Índice

**Prólogo / 7**

## **I. Concepciones metaéticas: versiones clásicas y contemporáneas**

**1. Naturalismo ético / 22**

*Martín Dağuerre*

**2. Constructivismo moral / 50**

*Martín Oliveira*

**3. Realismo moral / 63**

*Guillermo Lariguét*

**4. Antirrealismo y Cuasirrealismo moral / 92**

*Federico Arena*

**5. Escepticismo moral / 110**

*Leandro Paolicchi*

**6. El relativismo metaético: argumentos a favor y en contra / 128**

*Lucas Misseri*

**7. Particularismo y Universalismo moral / 141**

*Graciela Vidiella*

**8. Intuiciones morales / 159**

*Guadalupe Mettini*

## **II. Problemas característicos**

**9. Percepción moral: algunas clarificaciones y distinciones / 180**

*Daniel Kalpokas*

**10. Argumentación moral / 199**

*Daniel Busdygan*

**11. Experimentos mentales y el rol de la historia / 214**

*Santiago Truccone-Borgogno*

**12. Desacuerdos morales / 229**

*David Martínez Zorrilla*

**13. Metafísica y moral / 250**

*Samuele Chiloví*

**14. Agencia moral, libertad de voluntad y determinismo / 272**

*Fernanda Flores*

**15. El problema de la suerte moral / 285**

*Gustavo Beade*

**16. Neuroética, moral y el paso del «ser» al «deber ser» / 298**

*Daniel González Lagier*

**17. Motivación moral. El debate entre el internalismo y el externalismo / 312**

*Nicolás Alles*

**18. Akrasia o Debilidad de la voluntad / 335**

*Luciana Samamé*

### **III. Recientes proyecciones sobre problemas persistentes**

**19. Una lectura wittgensteiniana del campo de la ética / 354**

*María Sol Yuan*

**20. «Eso no es gracioso»: acerca de cómo los chistes misóginos ayudan a comprender la naturaleza de los valores / 372**

*Facundo García Valverde*

**21. Notas sobre el debate Kohlberg vs. Gilligan: de la diferencia de género a los desacuerdos metaéticos / 386**

*Adriana Vercellone*

**22. El ideal de pureza en la configuración de la identidad moral: conciencia e intersubjetividad desde el pensamiento de Hannah Arendt / 407**

*Rebeca Canclini*

**23. La metáfora del mal. En torno a la discusión entre Hannah Arendt y Gershom Scholem / 424**

*María Wagon*

**Sobre las autoras y los autores / 436**

## 21. Notas sobre el debate Kohlberg vs. Gilligan: de la diferencia de género a los desacuerdos metaéticos

*Adriana Vercellone*

Podríamos decir que las personas aprendemos a pensar moralmente desde la infancia, gracias a la interacción con el entorno, la familia y la sociedad. Que paralelamente al crecimiento biológico, desarrollamos la capacidad de razonar acerca de nuestros derechos y deberes, y a ponderarlos cuando alguna situación cuestiona las intuiciones y mandatos que nos rigen. Que el cumplimiento de las reglas sociales y la inquietud por habitar un mundo justo son el límite que contribuye a que reflexionemos acerca de todo lo anterior. Que, pese a las diferencias culturales, el desarrollo cognitivo y moral que alcanzamos es *más o menos* similar.

Tal descripción aúna trozos de los diferentes argumentos que han moldeado la concepción tradicional acerca del desarrollo moral de las personas. Al menos hasta hace algunos años, cuando algunas preguntas éticas fundamentales —*¿qué nos motiva a actuar?, ¿cómo reconocemos aquello que es correcto?*— tomaron un tono diferente en las ideas de Carol Gilligan.

Al indagar en los estudios de las principales teorías acerca del razonamiento moral, Gilligan encuentra que todas arriban a una conclusión arbitraria: las niñas y mujeres siempre se encuentran en una etapa más baja de desarrollo que los varones. Para mostrar que se trata de una afirmación androcéntrica insostenible, nos ofrece una novedosa propuesta que reconoce la experiencia femenina en la definición de la identidad y del juicio moral.

El principal blanco de tiro de su teoría son los casos de estudio y conclusiones de Lawrence Kohlberg. Pero la revolución que inició *In a different voice* (1982) trascendió dicho espectro, al punto de poner en tela de discusión otros asuntos, como algunos presupuestos metaéticos de la filosofía tradicional, o conceptos básicos de la psicología moral y del lenguaje. Así, la discusión suscitada entre Gilligan y Kohlberg es sobre género y desarrollo moral; pero también sobre otros temas que interesaron siempre a la filosofía. En ese sentido, pocos debates revelan la interseccionalidad del iniciado por Gilligan. Y aunque existe toda una tradición de teoría feminista que le precede, a ella debemos el haber introducido la preocupación por las relaciones y el cuidado en la filosofía moral.

El objetivo de estas páginas es repasar algunos puntos salientes del debate. Para ello primero se reconstruyen los dos modelos de razonamiento moral mencionados: el de Kohlberg y el de Gilligan. Aunque la referencia a ambas

teorías es breve, se procura resaltar el rol que conceden a la diferencia sexual para el desarrollo moral y psicológico de las personas. En este texto se sugiere que dicho rasgo constituye solo uno de los puntos de desacuerdo entre ambas posiciones, pues existe también una lista de presupuestos metaéticos y normativos que les brindan apoyo y resulta interesante explorar. Sobre ese tema avanza la segunda parte del capítulo, que despeja cinco interrogantes acerca del razonamiento moral, todos relevantes para un abordaje filosófico completo.

## **El desarrollo moral: de Kohlberg a Gilligan**

Las preguntas sobre el desarrollo moral ocupan una parte destacada en el campo de la ética. Estas indagan acerca de los cambios y progresos que atraviesan las personas desde su infancia y el modo en que evoluciona su entendimiento acerca de la moralidad. Las teorías sobre el tema no buscan responder «cómo formulamos una teoría moral» ni «qué procesos nos permiten reconocer principios morales válidos», sino «qué procesos psicológicos e identitarios moldean nuestra moralidad» (aunque, como se verá, todas estas preguntas guardan cierta vinculación).

Una de las respuestas más completas sobre el tema la ofreció Lawrence Kohlberg, al vincular el desarrollo psicológico y cognitivo de una persona con su desarrollo moral. Su propuesta se apoya, por un lado, en estudios cognitivo-evolutivos acerca de la socialización y el aprendizaje (1). Y, por otro lado, en importantes antecedentes sobre el desarrollo de la identidad (2).

La etiqueta de cognitivo-evolutiva (1) responde a una concepción interaccionista de los procesos mentales de aprendizaje de una persona. Entre sus principales exponentes destaca, sin dudas, J. Piaget para quien la interacción con el entorno es vital en el desarrollo de la capacidad de estructurar e internalizar normas. De acuerdo con esto, los niños y las niñas tienen estructuras mentales que van moldeando en función del entorno y su búsqueda por respuestas correctas; o, mejor dicho, en su búsqueda por comprender y adaptarse en el mundo. Este proceso continuo de estímulo y respuesta con el medio permite desarrollar construcciones mentales que, desde la infancia, se suceden de forma secuencial, invariable y estructurada (Kohlberg, 1992:33-34). Según Kohlberg, el desarrollo moral tiene lugar a la par de estos aspectos no morales del desarrollo cognitivo. Por ello, la capacidad para razonar moralmente y el movimiento de un estadio de madurez moral a otro es también el resultado de la interacción con el entorno y el tejido social.

El segundo punto de apoyo de la teoría (2) remonta a paradigmas psicológicos que identifican algunos sucesos que las personas atraviesan en las etapas



tempranas de la infancia y adolescencia, con los conflictos que desencadenan avances en el crecimiento y la percepción de la propia estima (Gilligan, 1993:17 y ss.). El desarrollo de la identidad se vincularía con estas crisis que ponen en tensión la independencia y la autonomía y, correlativamente, constituyen una oportunidad para desplegar vías de resolución que gradualmente se van complejizando y sofisticando.

Así, el desarrollo del razonamiento moral no puede desentenderse de los procesos de construcción de la identidad y de las capacidades para el pensamiento lógico abstracto.<sup>1</sup> Para descubrirlo, Kohlberg analiza diferentes entrevistas realizadas a menores y adolescentes, agrupando sus respuestas en función de categorías teóricas. Estos «tipos ideales» revelan las características de la secuencia de niveles de desarrollo moral propias para cada edad. Concretamente, se plantean dilemas hipotéticos a niños y niñas de distintas edades, cuyas reacciones permiten conocer y descubrir las estructuras de razonamiento y lógica interna de sus respuestas (Kohlberg, 1992:33-34).

En concreto, distingue tres niveles, que se subdividen en dos, y configuran en total las seis etapas de progreso moral que las personas pueden desarrollar. Las primeras dos etapas se corresponden con un nivel de desarrollo *premoral*, caracterizado por un entendimiento individualista o egocéntrico del mundo y los problemas. En esta primera instancia, el propio interés es aquello que guía las acciones individuales, siendo el castigo y el intercambio instrumental las principales razones que motivan a las personas a actuar. Algunas crisis comunes en la infancia abren paso a una segunda etapa —*convencional*— en la que existe una visión societal o comunal de los problemas, guiada por la búsqueda y mantenimiento de buenas relaciones y de la autoridad. Sin embargo, en dicho estadio aún no se ha desarrollado una acabada noción de los derechos y los valores como entes colectivamente contruidos, facultad que se desarrolla solo en las quinta y sexta etapas del tercer nivel, llamado *posconvencional*.

Resume los seis tipos de estadio moral evolutivo del siguiente modo (Kohlberg, 1992:35):

---

1 Aunque existen paralelismos entre estos procesos, no siempre es perfecto. Según Kohlberg, alguien en una etapa de desarrollo cognitivo X pudiera encontrarse en una etapa inferior de desarrollo moral.

Tabla 1

NIVEL A. PREMORAL
Estadio 1. Orientación al castigo y obediencia.
Estadio 2. Ingenuo hedonismo instrumental.
NIVEL B. MORALIDAD DE CONFORMIDAD CON EL ROL CONVENCIONAL
Estadio 3. Moralidad de mantenimiento de buenas relaciones, aprobación por parte de otros.
Estadio 4. Moralidad del mantenimiento de la autoridad.
NIVEL C. MORALIDAD DE PRINCIPIOS MORALES AUTOACEPTADOS
Estadio 5. Moralidad de compromiso, de derechos individuales y de la ley democráticamente aceptada.
Estadio 6. Moralidad de principios individuales de conciencia.

Lo anterior revela una estructura invariable y jerarquizada en la que el desarrollo de una aptitud moral desplaza a la anterior (Kohlberg, 1992:35). Dicha secuencia se supone universal, pues cada quien debiera atravesarla sin saltarse ni retrotraer ningún estadio y, finalmente, alcanzar el último: un sexto nivel superior de desarrollo moral que, de hecho, no todas las personas logran.

Al evaluar los resultados de las entrevistas, Carol Gilligan nota que las conclusiones de Kohlberg silencian aquellas respuestas que revelaron valores morales y atributos propiamente «femeninos». Ya que, al no adecuarse a las réplicas de los tipos ideales, estas fueron señaladas como defectuosas o en un nivel inferior. Para entender mejor esta observación, es necesario prestar atención no solo a la diferencia entre las entrevistas, sino también a otros desacuerdos que surgen en el diálogo con los dilemas.

Consideremos primero el dilema hipotético más recurrido en el estudio:

*Heinz se debate entre robar o no una droga que su esposa —gravemente enferma— necesita para salvar su vida, pero no puede costear. ¿Sería incorrecto que Heinz robe la medicina?*

Gilligan comienza por destacar que jóvenes de diferentes edades y género —entre quienes presta especial atención a Jake y Amy— interpretan disímelmente el problema planteado. Allí donde Jake encuentra un conflicto entre dos valores básicos (propiedad y vida), Amy percibe comprometidas las relaciones que vinculan a las personas en cuestión: la relación de Heinz con el farmacéutico y, fundamentalmente, la de Heinz con su esposa, que es de preservación y afecto (Gilligan, 1993:26–28).

Asimismo, Gilligan nota que la causa del dilema se percibe diferente en ambas entrevistas. Mientras Jake cree que existe un problema por la falta de acceso al medicamento, hecho que puede comprometer el cumplimiento de un deber (pues si Heinz decide robar entonces incumple un deber para con el

farmacéutico), Amy encuentra que algunas de las personas implicadas pudieran haber realizado más para contribuir con el bienestar ajeno (el farmacéutico, por ejemplo, podría bajar el precio del producto) (Gilligan, 1993:27-28). Y lo mismo sucede con la posible solución al conflicto, pues Jake relata una tensión entre deberes individuales que puede ser resuelta lógicamente, mientras que Amy se preocupa por preservar las relaciones en juego y evitar el mayor daño a todas las personas implicadas. Inclusive, Gilligan destaca que la actitud ante la propia entrevista es diferente en uno y otra: Jake interpreta las preguntas de forma rigurosa, en búsqueda de respuestas positivas o negativas; mientras que Amy descubre un diálogo acerca de «*cuál es el mejor modo de comportarse en una situación determinada*».

Todo esto, evidencia la mirada jerarquizada que Jake tiene acerca de los problemas y las relaciones de poder y, por el contrario, una visión relacional de la situación por parte de las mujeres, que incluye a la comunicación como eje fundamental en su búsqueda de soluciones. En resumen, las mujeres no evalúan el dilema como asuntos que desafían a personas aisladas ni buscan respuestas en algún sistema de reglas dado; más bien, consideran a personas interconectadas cuyas relaciones es necesario preservar (Gilligan, 1993:28-32). Así lo explicita al evaluar otras dos entrevistas: «pero mientras Jeffrey piensa qué va primero, Karen se concentra en quién es excluido» (1993:33).

Las diferencias en el desarrollo moral que presentan hombres y mujeres recorren todo el texto de Gilligan y descubren la explícita exclusión que Kohlberg hace de la opinión femenina en los problemas planteados. Tanto las entrevistas de Jake y Jeffrey como la respuesta masculina promedio sirvieron para construir los niveles de desarrollo que son «normales» o aceptables para Kohlberg; mientras que, las de las mujeres, no alcanzaron el estadio mayor de madurez moral dadas sus diferentes reacciones ante los dilemas (1993:27).

Así, sobre la base de datos de entrevistas y problemas hipotéticos similares, Gilligan concluye tres niveles de reflexión diferentes a los de Kohlberg; asimismo, distingue dos factores de transición que influyen en el traspaso de un nivel a otro. Esquema que, con claridad, pone en evidencia la influencia de la diferencia sexual en el desarrollo moral y psicológico.

El nivel inicial es de mera supervivencia, caracterizado por el cuidado y aseguramiento de sí misma. Una etapa de transición en la que se cuestiona el pensamiento egoísta y se considera el valor de la bondad, abre paso a un segundo nivel de desarrollo moral. En dicho estadio, deja de ser prioridad el cuidado de la propia persona, y la atención se pone sobre los demás. Tal exclusión lleva a cuestionar las razones por las que la opinión e intereses ajenos debieran ser tan relevantes, transición que conlleva a una tercera etapa, centrada en la dinámica de las relaciones. Este último estadio resuelve el dilema

responsabilidad–egoísmo característico de las instancias anteriores, a través de un genuino entendimiento de la interconexión entre sí y las demás personas. Finalmente, esto da lugar al desarrollo de una «ética el cuidado» (Gilligan, 1993:74–75).

Para resumirlo, considérese el siguiente esquema:

Tabla 2

NIVEL A. SUPERVIVENCIA: Egoísmo y autointerés.
Factor de transición 1. Cuestionamiento del pensamiento egoísta y reconocimiento de la responsabilidad hacia los demás.
NIVEL B. RESPONSABILIDAD HACIA LOS/LAS DEMÁS: Adecuación del propio comportamiento a expectativas sociales, supresión de las propias creencias e intereses.
Factor de transición 2. Desequilibrio por la exclusión de la propia persona.
NIVEL C. INTERDEPENDENCIA CON LOS DEMÁS Y CUIDADO: Preocupación por minimizar el daño a los/las demás, sin despreciar la responsabilidad hacia sí misma.

Las diferencias entre ambas tesis pueden rastrearse también en sus bases teóricas. En dicho sentido, Gilligan destaca el modo en que la teoría psicológica y del desarrollo moral han estudiado las experiencias familiares, así como las crisis que suceden en el crecimiento personal (1993:4–16). Según la filósofa, el foco se ha puesto siempre en dos sucesos: la cercanía y la separación con la madre —u otra figura de apego—. Según las teorías tradicionales (androcéntricas), al no atravesar experiencias trascendentales para su desarrollo —como el desapego de la madre o el complejo de Edipo— las mujeres se ven privadas también de una instancia de consolidación de su identidad.

Sin embargo, Gilligan interpreta ese hecho desde una óptica diferente: allí donde los hombres experimentaron una crisis de separación con el hogar que les abrió paso al ámbito público, las mujeres encontraron lo contrario, una privación —de oportunidades— en lo público y un apego familiar mayor. Gilligan nota que los varones entrevistados vinculan sus procesos de logros personales con períodos de separación respecto de terceros, instancias percibidas como condición de libertad y autodesarrollo (1993:152–167). Mientras que para las mujeres la separación y la cercanía representaron imágenes de indefensión y falta de poder, que derivan en la contradicción integridad–cuidado. En definitiva, experiencias que sirven a la maduración personal, construcción de la identidad y moldean la moralidad se viven y perciben diferenciadamente según el género.

Esto permite a Gilligan exponer el modo en que las teorías psicológicas y cognitivas más difundidas hallan en la diferencia biológica un déficit para el

desarrollo de las mujeres. El problema, en definitiva, ha sido que el orden secuencial de desarrollo elaborado por la tradición teórica más difundida se corresponde con la percepción masculina acerca del desarrollo. Construido sobre rupturas y separaciones en la primera infancia y la adolescencia, ha sido un modelo que se contraponen con la experiencia femenina, construida sobre conexiones y relaciones continuas (Gilligan, 1993:39, 45-48).

Todo lo anterior permite a Gilligan elaborar una aguda crítica a los estudios de Kohlberg, así como construir una teoría acerca del desarrollo que rescata la experiencia femenina en la definición de la identidad y el juicio moral.

### Dos modelos éticos: de la justicia al cuidado

La historia familiar de las mujeres entrevistadas reveló algunas características particulares. Principalmente, una gran tensión entre el compromiso consigo misma —las propias preferencias— y el compromiso hacia los demás. Llegado cierto momento de la vida, las mujeres, usualmente formadas para el sacrificio y las relaciones privadas, introdujeron entre sus preocupaciones a *los derechos* (esto es, la preocupación liberal por el desarrollo personal y la no interferencia). Según Gilligan, este diálogo tuvo el efecto de concientizar respecto de la abnegación que la sociedad tradicionalmente les ha exigido (1993:129) o el modo en que la virtud femenina se ha identificado con el autosacrificio (132). Asimismo, sacó a la luz la falta de voz que las mujeres tienen en el espacio público (149) e incluyó en la ecuación la cuestión de la responsabilidad por las relaciones sociales (129). No es casual que Gilligan encuentre que las grandes crisis de transición se desencadenan con la maternidad, la crianza o elecciones radicales como la del aborto (108 y ss.); pues son momentos que ponen en conflicto las esferas de la responsabilidad hacia los demás con los derechos individuales; del cuidado y la intimidad, con el desarrollo personal y los reclamos de equidad.

Sin embargo, lo anterior no implicó que las mujeres abandonen su preocupación por las relaciones humanas y la responsabilidad. De hecho, la disputa entre el discurso de los derechos y la justicia con la ética del autosacrificio es lo que les permite percibirse como interdependientes de sus relaciones e, inclusive, reconocer que en la comprensión de dicha conexión reside una gran fortaleza (Gilligan, 1993:147-149). Así, en el último estadio de desarrollo emerge una concepción de moralidad que involucra todas las aristas mencionadas de forma integral. Es la llamada «ética del cuidado», que exige actuar con responsabilidad hacia sí y las demás personas (147-149); centrada en hacer del mundo uno más seguro y encontrar respuestas colectivas no violentas ante los problemas.

Las éticas del cuidado contrastan de manera evidente con la concepción tradicional acerca de los derechos, que Kohlberg identifica con el estadio 6 de desarrollo moral. Esta última, erigida sobre el ideal de la justicia, concibe a los problemas morales como dilemas de deberes individuales que se les presentan a agentes aislados, los cuales pueden ser resueltos apelando a la lógica y las categorías formales de las normas. Por el contrario, la ética del cuidado posiciona a las personas en relación con el mundo, contextualizando la situación y evaluando las relaciones y conexiones que se hallan en juego (Gilligan, 1993:35-37). Allí donde una reconoce a los derechos como el límite a las elecciones individuales, la otra encuentra soluciones en el diálogo y las categorías de la responsabilidad.

En este punto resalta la crítica de Gilligan al modelo tradicional acerca del desarrollo moral humano. Cuando los conflictos se perciben de forma jerarquizada y las respuestas se buscan en un sistema lógico que balancea deberes y justicia, se denigra la preocupación por la responsabilidad y el cuidado de las relaciones; es decir, aquello que caracteriza al razonamiento femenino. Las respuestas de algunos entrevistados se consideran en «un nivel más alto (...) sólo si se supone, como lo hace Kohlberg, que una ética de los principios es superior a una ética que subraya la intimidad, la atención a la persona y las relaciones personales» (Rachels, 2006:250).

### **Diferencia de género, presupuestos metaéticos y normativos**

Como se expresó, las teorías sobre el razonamiento y el desarrollo moral indagan acerca de los procesos que, desde la infancia, moldean y forman la capacidad de comprender y argumentar acerca de la moralidad. Es decir, estudian el desarrollo de los procesos cognitivos y psicológicos que permiten a las personas pensar moralmente, sea en torno al significado de los juicios morales como a su justificación.

Las respuestas sobre el tema son diferentes a las elaboradas en el plano de la *metaética* —es decir, la indagación por el significado de los juicios y conceptos morales, así como por sus procedimientos de validación y verificación— y de la *ética normativa* —que interroga por la justificación de los juicios de valor, procurando elaborar principios que sirvan de guía para la acción humana—. No obstante, es inevitable que dichos niveles de reflexión se solapen. En ese sentido, tanto el argumento de Kohlberg como el de Gilligan se construyen sobre presupuestos metaéticos y normativos fundacionales.

A continuación, consideramos cinco preguntas que procuran dilucidar dichas conexiones: (a) ¿qué tipo de verdades postulan los juicios morales?, (b)

¿cómo se formulan las verdades morales?, (c) ¿qué significan los términos de la moral?, (d) ¿qué tipo de ejercicio mental supone el razonamiento moral? y (e) ¿el desarrollo de aptitudes morales nos conduce hacia verdades morales?

### **¿Qué tipo de verdades postulan los juicios morales?**

En torno al tipo de verdades que encierran los juicios morales, Kohlberg reconoce un inicial compromiso con la universalidad (1992:281 y ss.). Tal cosa sucede tanto en lo que refiere a las estructuras de razonamiento, como también en relación con los principios que se consideran aceptables (es decir, los asuntos normativos). En otras palabras, al describir las etapas de desarrollo moral humano, Kohlberg asume que estas son universales y constituyen un camino hacia el reconocimiento de un discurso moral uniforme.

La discusión en este punto se suscita con el llamado «relativismo moral y cultural» que niega la existencia de un criterio independiente de corrección o incorrección (Rachels, 2006:39-40). Según el relativismo, los juicios morales no son otra cosa que verdades dependientes de convenciones humanas o relativas a cada sociedad y tiempo histórico.

Al discutirlo, Kohlberg reconoce que existen evidentes diferencias culturales entre sociedades; aunque asume que estas se suscitan en torno a conductas y costumbres, más no respecto de valores básicos. Por ejemplo, sugiere que algunas prácticas sexuales —como la monogamia o la poligamia— pueden depender de la cultura y los hábitos, si bien todas son compatibles con la defensa de un principio básico de dignidad humana, confianza y compromiso en las relaciones sexuales (1992:282). Así, Kohlberg defiende la prioridad de valores humanos básicos, umbrales que deben ser respetados a la hora de decidir cómo actuar.

Semejante aseveración a nivel normativo supone también la existencia de estructuras de razonamiento que son las que permiten reconocer y formular principios morales. Dicha estructura incluye, según Kohlberg, la aprehensión de habilidades para el pensamiento lógico y abstracto, la capacidad imaginativa y la de elaborar categorías conceptuales *significativas* (Thomas, 1995:622). Estas forman parte de una secuencia de desarrollo evolutiva que todas las personas, en todas las culturas, debieran transitar por igual. Un proceso que permite a las personas debatir diferentes concepciones acerca de lo que es bueno para, finalmente, alcanzar un sexto estadio de madurez cuyo contenido es el de los derechos y la justicia. En palabras de Kohlberg, implica «una continua diferenciación entre la universalidad moral y los hábitos y creencias más subjetivos o culturalmente específicos» (1992:282).

Ahora bien, cuando se introduce la cuestión de la diferencia sexual en la ecuación, ya resulta imposible reducir la respuesta a una única verdad. En esa línea, Gilligan es contundente al afirmar que *las mujeres piensan diferente*. La diferencia es evidente también en lo que hace a las conclusiones normativas de sus procesos de razonamiento, pues al desarrollar el modelo ético del cuidado —contrapuesto con el de la justicia— Gilligan vislumbra la posibilidad de un mundo plural.<sup>2</sup> Uno en el que las diferencias entre concepciones morales, más que culturales, tienen que ver con el género.

Para describirlo mejor, Gilligan retoma datos de las experiencias relacionadas en las entrevistas y evalúa el modo en que estas van delineando las diferencias mencionadas. Por ejemplo, reconoce que el punto de partida de hombres y mujeres en el desarrollo no es el mismo, así como tampoco lo es el progreso hacia la elaboración de conceptos y juicios formales. Como se dijo antes, las mujeres transitan una infancia/adolescencia en la que tensionan el sacrificio por los demás y los reclamos de equidad y derechos, hacia un entendimiento de las relaciones humanas que se enlaza con una ética del cuidado. En el caso de los hombres, los absolutos de la verdad y la justicia son cuestionados con la aparición de conflictos de intereses y visiones opuestas (Gilligan, 1993:166). Las expectativas y desafíos del entorno exigen desarrollar vías de resolución que van complejizándose con la madurez mental; de allí que el entendimiento que hombres y mujeres alcanzan es verdaderamente disímil.

Un dato destacable en el análisis es la resistencia de las mujeres a juzgar opiniones y prácticas ajenas desde el propio punto de vista (Gilligan, 1993:102). Aunque, según Gilligan, esto no constituye un signo de relativismo, ni mucho menos de déficit en los procesos mentales femeninos. Tampoco nos conduce hacia un mundo en el que la moral es un amasijo de creencias y emociones dotadas de cierta estructura. Por el contrario, es una práctica que llama la atención sobre la ocurrencia de pensamiento moral complejo: el estadio posconvencional, caracterizado por un modo de entendimiento moral más completo e integrador. Uno que incluye la comprensión de «la determinación social y psicológica del comportamiento humano, así como una reafirmación de la preocupación moral en el reconocimiento del dolor y sufrimiento como realidad humana» (103); que resuelve las problemáticas en el reconocimiento tanto de la justicia y el cuidado; de acuerdo con una estructura evaluativa que funciona «según la manera en que el problema es encarado» (167).

---

2 Decimos «plural» porque, según Gilligan ambos modelos éticos son complementarios. Expresamente, resalta la necesidad de que tanto la integridad como el cuidado sean incluidas en una moralidad que permita a las mujeres enfrentar los dilemas que les impone la vida adulta, dando lugar también al reclamo de equidad y derechos. Por su parte, la ética de los deberes masculina se ve limitada en diversos dilemas, lo cual torna necesario inducir una nueva idea de responsabilidad y cuidado (1992:166).



Así, la búsqueda de una teoría moral sólida encuentra en la propuesta de Gilligan una alternativa que elude el formalismo de las reglas universalmente aplicables que caracteriza a la posición de Kohlberg. Concluye en un estadio posconvencional que relata los conflictos y soluciones morales desde la «voz femenina», antes atribuida a un nivel de desarrollo secundario o relegado al ámbito de lo privado y las emociones.

### **¿Cómo se formulan las verdades morales?**

La irrupción del pensamiento kantiano en la filosofía instala la idea de que la moralidad es un conjunto de principios racionalmente justificados, caracterizados por cierta pretensión de universalidad (Tronto, 1987:12). En esa línea, Kohlberg acuerda que la «principalidad» es la norma que gobierna el juicio moral (1992:292 y ss.). En el sentido clásico mencionado, esto supone aceptar que la moral se formaliza en reglas generales que rigen pese a las circunstancias históricas cambiantes y las arbitrariedades del contexto. Sin embargo, Kohlberg no reconoce que los principios sean entes rígidos o carentes de excepciones; pues reconoce que pueden ser interpretados para construir soluciones ante problemas prácticos dados.

Lo antedicho se ordena con otros rasgos de la teoría ya mencionados: el supuesto de la universalidad y con la idea de que es posible ofrecer una justificación racional e imparcial de dichos principios, así como de su validez general. Asimismo, con una concepción «constructivista» de la moral que concibe a los principios como el resultado de una cimentación evolutiva, más que como axiomas que dictaminan resoluciones a priori.

Tal es así, porque Kohlberg defiende un sexto estadio moral cuyo proceso de toma de decisión es «de rol ideal (...) en el que cada persona en su imaginación cambia de lugar con cada una de las personas del dilema antes de establecer su postura como la correcta» (1992:295). Fundar una decisión en semejante posición es compatible con la existencia de principios morales, pero también con un modelo de moralidad que permite a las personas evaluar situaciones concretas y perspectivas; con la idea de que los principios son contruidos y a la vez testeados en la confrontación con los casos reales. Podemos figurarlo como un espiral en el que en un extremo encontramos juicios morales, y en el otro aquellos que resultan mejor elaborados y justificados.

Como alternativa, las posiciones contextualistas defienden que la moralidad debe ser situada concretamente, eludiendo la elaboración de reglas formales y absolutas. En línea con esto, Gilligan entiende que las respuestas existen para un caso concreto, actores específicos, y se hallan insertas en una

sociedad determinada. Al concentrarse en actos singulares, sus soluciones dependen también de las capacidades de las personas implicadas. Por ello, algunos sostienen que un modelo metaético contextualista nos debe ofrecer una explicación completa del «yo», deslizando el interrogante moral fundamental «¿cuáles son los principios mejores?» hacia la preocupación por «¿cómo mejor equipar a los individuos para actuar moralmente?» (Tronto, 1987:12-13). Por ello, para Gilligan se torna central la definición de las virtudes femeninas —el cuidado, la responsabilidad, la bondad— y la voz moral que de ellas emerge. Tal punto de vista permite interpretar detallada y contextualmente un problema, sin los límites que impone la vigencia de principios —a veces, considerados arbitrarios.

Este contraste entre ambas posturas no es menor, pues la cristalización de las consideraciones morales a modo de principios generales delinea los procesos de razonamiento que resolverán los asuntos morales. Liberar la moralidad de la rigidez principialista permite dirigir las decisiones y la atención hacia los aspectos variables de los problemas; a lo que exigen las relaciones y los sentimientos hacia los demás, más no al respeto por juicios que han sido premeditados para agentes ideales, que mantienen relaciones abstractas o se preocupan por situaciones hipotéticas.

Sin embargo, el reconocimiento de la diferencia en la construcción de la identidad y la moralidad que Gilligan emprende no es gratuito; pues supone renunciar a la imparcialidad y estabilidad que garantizan los principios. Conlleva problemas suscitados, entre otras cuestiones, por la existencia de relaciones especiales y la inclusión. Por ejemplo, planteando interrogantes: ¿debemos mayor cuidado a las personas con quienes guardamos una relación especial? o ¿cuán amplia debiera ser la red de cuidado? (Tronto, 1987:14-15).

Asimismo, se acusa que tampoco un formalismo riguroso revela un enorme compromiso con las personas y la sociedad. ¿Por qué agentes ideales, desligados de sus comunidades y experiencias, habrían de sentirse obligados con otras personas? ¿Por qué se preocuparían por su comunidad o por conservar las relaciones que les atraviesan? Por eso Kohlberg considera que los principios morales son flexibles o, mejor dicho, reglas que admiten excepciones cuando se los interpreta a la luz de las circunstancias y el caso concreto. Esto revela, por un lado, cierta *sensibilidad ante la vida real*, que resulta ser la principal preocupación de quienes suscriben posiciones relativistas y contextualistas. Pero también, una evidente *estabilidad de principios*, que permite superar cualquier alternativa relativista (Kohlberg, 1992:296).

Estas diferentes explicaciones contrastan más aún cuando se piensa en las instituciones sociales y políticas en las que se insertan. Son las ventajas de ambas posturas si se considera el modo en que pueden ofrecernos respuestas

para una mayor y mejor comprensión de los problemas reales, compatibles con un régimen de derechos y deberes, reforzando también la preocupación por mantener, no solo los vínculos sociales y personales que le preocupan, sino la comunidad de pertenencia.

### **¿Qué significan los términos de la moral?**

En lo que hace a la cuestión lingüística, Kohlberg entiende que los juicios morales tienen un sentido prescriptivo; es decir, dirigen o guían la acción humana (1992:285 y ss.). Esto significa que sus enunciados suponen un compromiso particular del agente con aquello que se expresa, así como un uso concreto ligado a la propia acción.

El debate se suscita con las teorías metaéticas llamadas «descriptivas» que asignan a los juicios morales un significado particular: el de describir hechos del mundo de diversa naturaleza. Entre ellas, Kohlberg fundamentalmente discute las concepciones «naturalistas», que asignan a los enunciados morales la particularidad de describir hechos naturales del mundo que pueden ser verificables empíricamente. De forma tal, que aquello que sucede o *es*, concluye en una verdad moral.

Esto último, llamada «falacia naturalista», es el tipo de argumento que Kohlberg procura discutir. Para él, aunque el entorno constituye un estímulo que promueve el desarrollo de capacidades cognitivas y morales, de ningún modo identifica a los juicios morales con los hechos llanos del mundo natural.

La respuesta de Kohlberg a una pregunta metaética psicológica fundamental —*¿cómo se forman nuestras preferencias morales?*— contribuye a comprender lo anterior. Dicho interrogante supone llamar la atención en los elementos que se concatenan para conformar el grueso de preferencias y/o principios que rigen la moralidad; y, con ello, el rol que desempeñan los hechos del mundo y el entorno, las emociones, las creencias, etcétera.

Sin dudas que la comprensión de los seis estadios morales que Kohlberg describe está atada a la consideración de las características del entorno físico en el que se desarrollan las personas (instituciones sociales, familia, etc.), así como a las relaciones entre las experiencias que los niños y niñas atraviesan con las estructuras de sus conductas. Tal es así porque dicho desarrollo es el resultado de la interacción con aquello que les circunda. Concretamente, Kohlberg entiende que las estructuras de pensamiento se configuran en función de la adaptación del orden moral a los mandatos básicos de la cultura y prohibiciones que forman parte del tejido social, todo lo cual permite avanzar de un estadio de desarrollo a otro (1992:96-97).

Sin embargo, no por eso el desarrollo y el aprendizaje son un mero reflejo del entorno; mucho menos el resultado de experiencias pasadas. Por el contrario, para Kohlberg los criterios morales de corrección o incorrección son el resultado de un ejercicio racional práctico que incluyen a todas las anteriores; pero, fundamentalmente, implican un compromiso del hablante con los criterios o reglas en cuestión, así como la aceptación de que dichos criterios son universalizables (1992:286).

En esa línea, postula una versión prescriptivista de los asuntos metaéticos que reconoce a los enunciados morales la potencialidad de provocar una reacción en el interlocutor o interlocutora (de sujeción u obediencia). De acuerdo con esto, el juicio «no matar» es percibido como uno que prescribe que «no deberías matar». Aunque, agrega Kohlberg, los juicios morales son más que simples órdenes o prescripciones; más bien, implican un compromiso con la vigencia de principios cuya validez universal no es rigurosa en sentido sustantivo fuerte —kantiano— sino en un sentido lógico. Así, quien sostiene un enunciado moral se compromete con la vigencia de dicha regla para cualquier otra situación que posea las mismas propiedades, mas no con el presupuesto de que «todo el mundo debe permanecer fiel a las reglas universales y gobernar toda su conducta de acuerdo con ellas, o que uno no debe hacer excepciones en provecho propio» (Hare en Kohlberg, 1992:287).

Por su parte, tampoco Gilligan descarta que el entorno juegue un importante papel en la construcción de la identidad y los juicios morales. Expresamente reconoce que el conflicto, las experiencias en el mundo, etc. constituyen el motor de crecimiento y desarrollo humano. Asimismo, su énfasis en los datos biológicos humanos al definir modelos de análisis no hace otra cosa que reiterar cuán determinante es la naturaleza para la elucidación de verdades morales. Inclusive, algunos (Grimshaw, 1995:661) sostienen que, para Gilligan, ciertos antecedentes de la práctica social pueden generar prácticas morales concretas; y, con ello, una visión acerca de lo que es bueno, intereses y prioridades que deben ser respetados, o concepciones acerca de la virtud.

De todos modos, no puede ser tan simple acusarle a Gilligan una base naturalista por su mero reconocimiento del entorno en la configuración de la mente. En especial tratándose de una teoría cuya ventaja ha sido la de reaccionar contra las estructuras de las teorías tradicionales, construidas en torno a una comunidad de la cual las mujeres fueron siempre excluidas.<sup>3</sup> De hecho, Gilligan saca a la luz la injerencia que las instituciones sociales y políticas tienen en

---

<sup>3</sup> Decimos esto porque un reclamo feminista ha sido la vigencia de estereotipos de género que asigna a las mujeres no solo roles, sino también virtudes concretas, siempre vinculadas con el cuidado personal y privado, y la vulnerabilidad. Si esto es así, cualquier construcción de verdades morales en torno al contexto y aquello que meramente es, no puede alegar neutralidad o imparcialidad.

la construcción de la identidad y las motivaciones; aunque los estadios de desarrollo moral que describe no nieguen la experiencia de los grupos relegados.

Tampoco Gilligan cree que los enunciados morales procuren la sumisión u obediencia de los pares. Para ella, no son juicios que asumen universalidad lógica o normativa, ni recurren a estructuras formales rigurosas que podamos pacíficamente suscribir.

Así, la indagación por el significado de los juicios morales para Gilligan nos lleva a considerar una posición alternativa que alude a los juicios morales como expresiones de actitudes o emociones de las personas ante los hechos del mundo. De hecho, no son pocos los análisis que reducen la discusión entre Kohlberg y Gilligan a uno acerca del papel de la razón y las emociones en los procesos mentales. Desde esa mirada, mientras el constructo de los juicios morales masculinos emerge como el resultado de un análisis lógico racional acerca de principios cuya jerarquía y prioridad debe ser evaluada en función de las características de un caso; la moralidad propiamente femenina aparece vinculada con emociones —como la empatía, la bondad o el apego— que motivan las conductas y decisiones.

Sin embargo, resulta injusto acusar tal emotivismo desnudo a Gilligan. Pues supondría negarle el costado constructivista y la racionalidad que estructura todo su modelo de razonamiento moral. Al igual que en la teoría de Kohlberg, no es sino el razonamiento el que, estimulado por los dilemas del contexto, se va complejizando y abriendo paso a una forma de definir las mejores razones para justificar un determinado camino de acción. En definitiva, según Gilligan, el razonamiento moral es un ejercicio práctico; no un mero reflejo de nuestras emociones. Es el que permite avanzar en los diferentes estadios de desarrollo hacia una instancia de madurez integral.

### **¿Qué tipo de ejercicio mental supone el razonamiento moral?**

De la mano del desarrollo de las capacidades cognitivas y morales, surge la pregunta por los procesos de formulación de las teorías morales y por el razonamiento moral en sí. Esto supone indagar acerca del tipo de ejercicio práctico que dicho razonamiento implica o la forma en que guían la elección y acción individual. Es decir, «por “el modo en que razonamos acerca de lo que debemos hacer” y no tanto por aquello “que debemos hacer”» (Richardson, 2018).

Según Kohlberg, el desarrollo del razonamiento moral transita una secuencia que está íntimamente vinculada con múltiples elementos del entorno. Por un lado, con el aprendizaje y el desarrollo de las capacidades cognitivas. Por el otro, con la configuración de la identidad y las experiencias pasadas. Como se

sostuvo, es un proceso evolutivo que presupone que las personas son agentes racionales, pero, fundamentalmente, agentes que atraviesan experiencias específicas en el crecimiento.

Pero el razonamiento moral es mucho más que el resultado de dichos factores. Supone una estructura según la cual los juicios morales pueden ser verdaderos o falsos, pero no por ser reflejo de hechos, sino por el tipo de operaciones racionales que pueden derivar en ellos. Según Kohlberg, el respaldo de los enunciados morales en razones construidas en torno a la deliberación de principios explica la adecuada relación que existe entre los juicios que una persona emite con sus compromisos y conductas. No tanto así con sus opiniones y emociones —cambiantes— o con aquello que observa, arbitrario a veces.

Esto último, que se ha dado en llamar la toma del «punto de vista moral», revela el formalismo que caracteriza a los juicios morales en los que piensa Kohlberg (1992:288–289). Dicha posición reconoce la posibilidad de estar de acuerdo con los demás al definir la moralidad, sin necesariamente acordar el contenido de un conjunto de principios. Ya que implica la adopción de una posición no egoísta —llámese ideal— de compromiso con la posibilidad de que las máximas asumidas tengan validez universal. De allí que la justificación formal, lógica y racional de la moralidad resulte más relevante y plausible que su validez empírica o, inclusive, normativa.

Kohlberg contrasta este formalismo metaético con la distinción forma–contenido (1992:290 y ss.). De acuerdo con ella es posible para alguien suscribir un conjunto de principios morales sobre los que otras personas pueden estar de acuerdo sin que necesariamente consensuen su contenido. En sus palabras:

Hemos dicho que el juicio moral es prescriptivo, no es simplemente la expresión de actitudes y emociones. Hemos dicho que es cognitivo y que da razones. Sin embargo una definición más completa de un juicio moral se basa en analizar sus propiedades formales. (1992:290)

Así se aclara el papel que el razonamiento, entendido como la capacidad de ofrecer razones acerca de respuestas y enunciados, desempeña en la formulación de teorías morales. Estas resultan de construcciones que las personas elaboran en función de la ponderación de principios e intuiciones básicas.

Esto marca con claridad las posiciones de las que Kohlberg pretende tomar distancia. Por un lado, del empirismo, ya que Kohlberg no concibe a la moralidad como el resultado o las conclusiones de las experiencias. Por otro lado,

de la mera aplicación axiomática de principios rígidos.<sup>4</sup> Más bien, concibe una estructura «constructivista» de la moralidad que aúna tanto la evaluación de principios o verdades morales, con reacciones humanas fundamentales ante dichos principios y dilemas. Así, el «punto de vista moral» es la capacidad de justificar o validar principios para todo aquel que tenga «la mente clara y lógica y sabe todo lo que le concierne a él mismo, a la humanidad y al universo» (1992:291).

Sin embargo, esto es solo una parte de la historia de desarrollo moral. Gilligan muestra que introducir en el análisis datos sobre la vida y las percepciones femeninas permite informar otra descripción acerca del desarrollo y, concretamente, de las personas. No ya la de agentes que reducen sus dilemas a la lógica y la autonomía, sino que perciben las múltiples conexiones que les vinculan con sus pares, y el modo en que estas pueden verse comprometidas cuando sucede un conflicto.

La reticencia de Gilligan a elaborar una teoría universalista y formalista en un sentido duro, o la renuncia al apriorismo riguroso, pudiera conducirnos a señalar que se trata de un argumento emotivista, o uno de corte relativista, que justifica toda una estructura de principios y razones en los acuerdos circunstanciales que las personas pudieran tener. Tal es el camino que algunas críticas a su teoría han elegido.

Sin embargo, no debe perderse de vista el elemento racional que estructura el desarrollo para Gilligan. Por un lado, la referencia a las emociones que moldean el razonamiento y el crecimiento no reducen el desarrollo y la moralidad a las emociones puras. Tampoco el anclaje del desarrollo moral en la experiencia y los hechos es signo de una formulación naturalista. Más bien, lo anterior pone en evidencia el modelo de razonamiento que está implícito en el argumento.

En esa línea, Gilligan considera que las personas pueden articular sus preocupaciones e intereses ajenos en el marco de un dilema moral concreto, y ordenarlos en función de las necesidades y relaciones implicadas, sin necesidad de acudir a alguna estructura externa de principios que anticipe soluciones o anteponga límites al razonamiento. Se trata de una posición constructivista que, a diferencia de la de Kohlberg, se desprende del razonamiento en torno a principios para reflexionar bajo la lógica de las relaciones.

---

4 Aunque, como se sostuvo antes, esto no implica que Kohlberg renuncie a la vigencia de principios morales, ya que las personas requieren de ellos para la interpretación y resolución de dilemas concretos.

## **¿El desarrollo de aptitudes morales nos conduce hacia verdades morales?**

¿Existe cierto paralelismo entre el desarrollo de las capacidades morales con la formulación de verdades morales? ¿La capacidad de evaluar dilemas, ponderar valores y aplicar una respuesta a un caso real van de la mano del reconocimiento de principios morales? ¿Ciertos estadios maduros de desarrollo nos conducen linealmente hacia verdades universales?

Sin dudas que tanto Kohlberg como Gilligan asignan a la moralidad una función social vital, pues ofrece soluciones para los múltiples condicionamientos que plantean el entorno y sus desafíos. Asimismo, ambas teorías son muy claras al marcar la distinción forma-contenido que, como se mencionó, supone la posibilidad de acordar respuestas concretas y formales a los diferentes dilemas, sin que sea necesario estar de acuerdo acerca de su contenido (Kohlberg, 1992:291-292). En cuyo caso, es necesario trazar la distinción entre el desarrollo del razonamiento moral de la práctica del razonamiento y el contenido de las teorías morales o, mejor dicho, el resultado del razonamiento moral.

En este punto, tanto la teoría de Kohlberg como la de Gilligan ensayan neutralidad, pues construyen una estructura respecto del desarrollo moral y el razonamiento, que no compromete el contenido normativo de la respuesta.

Sin embargo, los principios morales que suscriben constituyen una instancia del desarrollo moral; concretamente, del último estadio. Tanto la justicia como el cuidado auguran la respuesta a los problemas morales que se presentan. En el caso de la teoría de Kohlberg, el pensamiento posconvencional implica la capacidad de defender principios en función de razones; pero también la aceptación de una posición teórica concreta —la justicia—. En el caso de la propuesta de Gilligan, las éticas del cuidado ofrecen una mirada sobre la moralidad alternativa a la clásica, pero que tampoco deja de constituir un conjunto uniforme y sólido de respuestas justificadas.

Probablemente este sea uno de los puntos en los que convergen las críticas a ambas posiciones. A Kohlberg se le ha señalado que las personas en el sexto estadio no podrían suscribir diferentes concepciones acerca de la moral (Thomas, 1995:631-632). Problema de que Gilligan no puede despegarse fácilmente ya que, aunque la justicia deja de ser el valor predominante, «el modo femenino de pensar» acerca del cuidado es el juicio moral que se impone.

Así, el desarrollo moral, una secuencia lineal que sirve para desplegar y mejorar la capacidad de pensar acerca de los problemas se convierte, en realidad, en el proceso de diálogo de la persona con teorías diversas que, finalmente, asumen una última concepción deontológica concreta.



Esto último da pie para mencionar otros problemas que suscitan los presupuestos normativos de una y otra posición. Como se señaló, la propuesta de Kohlberg sobre la justicia perpetúa un discurso androcéntrico acerca de la moralidad y el contexto. Pero Gilligan, reduce la diferencia moral a la diferencia sexual, excluyendo otros elementos del mundo que pudieran ser también relevantes. ¿Por qué no incluir también a la educación, la ocupación o la proveniencia de clase en la ecuación? Si el género y su percepción cultural inciden en el desarrollo moral, ¿cómo no es posible que otros factores sociales y culturales sean también determinantes? (Boldizar, Wilson y Deemer, 1989).

En esa línea, no debemos pasar por alto otras importantes críticas realizadas a la concepción binaria de la sexualidad (y de la moralidad) de Gilligan, que excluye a minorías y disidencias. Asimismo, se le cuestiona justificar el contexto social y político: un contexto que ha funcionado siempre bajo la mirada masculina occidental, asigna privilegios en función del género (y la raza, la religión, etc.) e identifica a la mujer con el valor de la bondad, el sacrificio, la responsabilidad y el cuidado, relegándola al mundo de lo «privado».<sup>5</sup> En definitiva, a una concepción hegemónica y androcéntrica acerca de la persona, algunos acusan que la ética del cuidado contrapone otra posición igualmente opresora (Anderson, 2020).

## Consideraciones finales

A lo largo del capítulo se explicitaron los presupuestos filosóficos de las teorías acerca del desarrollo moral que defienden Kohlberg y Gilligan. En cuanto a los fundamentos metaéticos de Kohlberg, se ha argumentado acerca de la universalidad y formalismo que adoptan sus principios, el rasgo prescriptivo de los juicios morales, y el cognitivismo y constructivismo que caracteriza al razonamiento moral. En el caso de la teoría de Gilligan, se refirió al pluralismo y contextualismo que ordena su estructura, debatiendo en torno a otras posiciones con las que se la ha emparentado, como el relativismo, el naturalismo y el emotivismo.

En dichos apartados se hizo evidente el papel que el género tiene en el desarrollo moral. Frente a una concepción predominante androcéntrica, Gilligan contrapone una que reconoce los valores y modos de pensar femeninos. Esto tiene efectos no solo en relación con las estructuras cognitivas y psicológicas que ordenan el razonamiento, sino también con los procesos mentales y los juicios prácticos resultantes.

---

5 Véase: Crenshaw (1991), MacKinnon (1989).

Sobre el final, se mencionaron algunas discusiones a las que dio lugar la contraposición entre las éticas del cuidado y las de la justicia. Por ejemplo, el modelo de moralidad que Gilligan saca a la luz ha sido fructífero en el desarrollo de éticas aplicadas particulares, en la discusión por su utilidad para los asuntos políticos y la esfera pública o, inclusive, se ha discutido si la diferencia sexual hace a mejores comportamientos éticos.<sup>6</sup>

Pero también, ha recibido numerosas críticas que no pueden soslayarse. Ya que reducir la diferencia en el desarrollo a las categorías del género o pensar a la naturaleza masculina/femenina como algo monolítico no deja de encubrir las opresiones domésticas y sociales que tradicionalmente han moldeado los valores «feminizados». En definitiva, que las mujeres tengan una aptitud natural para el cuidado de las relaciones y personas que le rodean, así como cierta propensión a evitar el daño y las resoluciones egoístas, no es otra cosa que un estereotipo sesgado por una mirada masculina del mundo. Y, fundamentalmente, una visión binaria de la naturaleza y el desarrollo moral que silencia las voces de grupos y disidencias que no se identifican con tales categorías.<sup>7</sup>

---

6 Véase: White (1999), Nodding (1984, 2013).

7 Sobre estos temas, véase: Norlock (2019), Crenshaw (1991), MacKinnon (1989), entre otras.

## Referencias bibliográficas

- Alfano, M.; Loeb, D. y Plakias, A. (2018). Experimental Moral Philosophy. En Zalta, E.N. (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/win2018/entries/experimental-moral/>
- Anderson, E.; Willett, C. y Meyers, D. (2020). Feminist Perspectives on the Self. En Zalta, E.N. (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/spr2020/entries/feminism-self/>
- Boldizar, J.P.; Wilson, K.L. y Deemer, D.K. (1989). Gender, life experiences, and moral judgment development: A process-oriented approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57(2), 229.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1299.
- Gilligan, C. (1993). *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Harvard University Press.
- Grimshaw, J. (1995). La idea de una ética femenina. En Singer, P., *Compendio de Ética* (pp. 655–666). Alianza.
- Kohlberg, L. (1992). *Psicología del desarrollo moral*. Desclée de Brouwer.
- MacKinnon, C. (1989). *Toward a Feminist Theory of the State*. Harvard University Press.
- Noddings, N. (1984). *Caring: A Feminine Approach to Ethics and Moral Education*. University of California Press.
- Noddings, N. (2013). *Caring: A Relational Approach to Ethics and Moral Education*. Second Edition. University of California Press.
- Norlock, K. (2019). Feminist Ethics. En Zalta, E.N. (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/sum2019/entries/feminism-ethics/>
- Rachels, J. (2006). *Introducción a la filosofía moral*. Fondo de Cultura Económica.
- Richardson, H.S. (2018). Moral Reasoning. En Zalta, E.N. (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2018/entries/reasoning-moral/>
- Superson, A. (2020). Feminist Moral Psychology. En Zalta, E.N. (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/sum2020/entries/feminism-moralpsych/>
- Thomas, L. (1995). La moralidad y el desarrollo psicológico. En Singer, P., *Compendio de ética* (pp. 621–635). Alianza.
- Tronto, J. (1987). Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 12(4), 644–663.